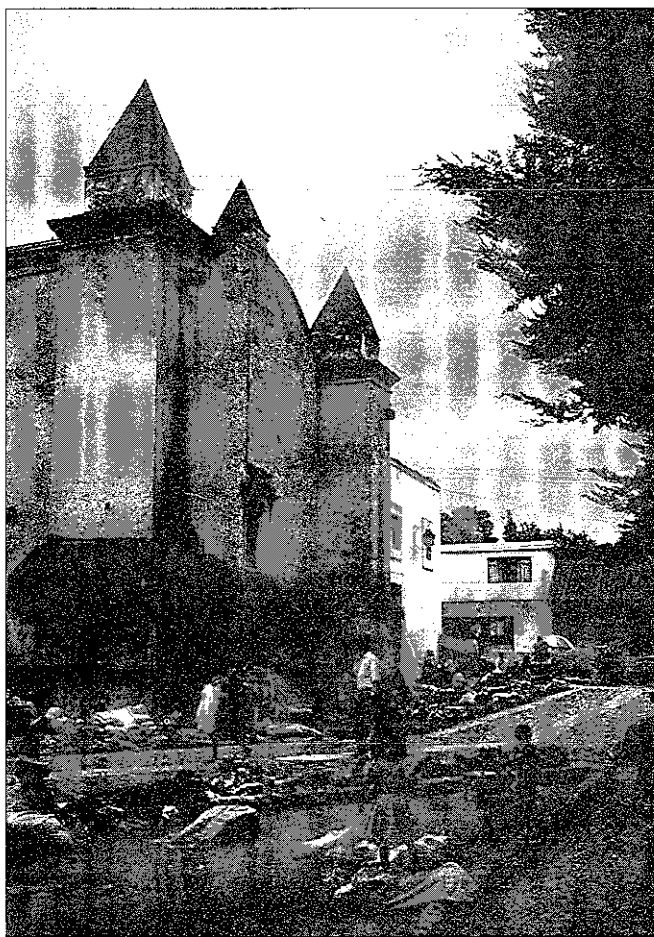


Los otros Chiapas

Marta Caravantes

En diciembre del pasado año tuve la oportunidad de viajar a Chiapas y comprobar *in situ* la discriminación, la explotación y marginalidad vigentes, que convierten al indígena en un ser inferior en sus propias tierras. Bajo la mirada y bajo la protección del gobierno estatal, los caciques amenazan, someten y asesinan a los campesinos indígenas, auspiciados por sus soldados particulares: las guardias blancas.

Cerca de Tapachula, al suroeste de Chiapas, se alza, entre inmensas colinas cargadas de vegetación, uno de esos impresionantes latifundios donde un cacique alemán, Folke Von Knop, se enriqueció durante años a costa de las comunidades indígenas, ofreciendo a cambio una surtida gama de abusos y violaciones de los derechos humanos. Unas semanas antes de mi llegada, campesinos embozados al estilo zapatista ocuparon la finca por las armas. Uno de los indígenas que participó en el



asalto, Juan Ramón, de 23 años, me explicaba los motivos de su lucha: «Los caciques llegaron aquí hace muchos años y compraron las tierras a precios muy bajos. Desde entonces nos explotan, nos tratan mal y por eso he-

mos decidido luchar por nuestra libertad y por nuestra tierra.»

La finca, sobrevolada continuamente por los helicópteros del Ejército mexicano, estaba enclavada en un valle paradisíaco. Almacenes de café, talleres, naves industriales de todo tipo y, hasta cárceles, componían la propiedad que se complementaba con la fastuosa casa del cacique alemán, la piscina, la pista de tenis y un pequeño aeropuerto.

Pocos metros después el contraste era impresionante. Los barracones donde vivían los campesinos eran simples habitaciones de 30 metros cuadrados donde se habían colocado ocho catres de cemento y un sencillo cuarto de baño. Allí habían vivido unas 70 familias que ganaban por doce horas de trabajo, seis pesos al día (unas 120 ptas).

Al otro lado de la finca, atravesando un puente colgante, se accedía a las cárceles. Una mujer indígena relataba cómo los encarcelaban por cualquier motivo que significase faltar al respeto al

cacique; por ejemplo, mirarle directamente a los ojos.

El indígena es considerado un ser inferior, débil holgazán y borracho. De este modo, se justifica que le despojen de sus tierras, de sus raíces, de su cultura, y se le ofrezcan como recompensa los trabajos más indeseables.

Paradójicamente estos seres inferiores, los «hombres de maíz», decidieron salvar todo su mundo, un mundo que se descomponía con el riesgo de desaparecer como consecuencia de ese neoliberalismo que el gobierno mexicano trata de aplicar para que su país logre hacerse un hueco entre las naciones del primer mundo.

El uno de enero de 1994 cientos de indígenas del estado de Chiapas decidieron plantar cara al gobierno mexicano y alzar su voz más allá de sus fronteras para exigir un YA BASTA. Los medios de comunicación, tan sorprendidos como los propios dirigentes mexicanos, se ocuparon de convertir la causa indígena en lo que se denominó la «primera revolución del siglo XXI», y a su líder, el subcomandante Marcos, en el mito liberador de los oprimidos. Después de casi dos años el vacío informativo sobre Chiapas es latente. La aptitud de la guerrilla zapatista y del gobierno mexicano por «marear la perdiz» y no centrarse en la búsqueda de soluciones concretas a los problemas de las comunidades indígenas, ha desembocado en el aburrimiento de los medios de comunicación. Además, la falta de sangre genera la pérdida de la atención de los receptores. Unos cuantos muertos de vez en cuando no importan mucho en el universo periodístico.

Sin embargo, las palabras vertidas sobre Chiapas en los medios de comunicación no han servido

para paliar el hambre, la enfermedad, la explotación y las violaciones de los derechos humanos. La denuncia no basta. Y es que las palabras, aunque crucen océanos y continentes, no sirven para enfrentarse al cólera o la diarrea; no sirven mientras en un país como México de 40 millones de pobres (17 en la miseria extrema) se localicen 24 multimillonarios acomodados en el ranking de los cien hombres más ricos del planeta.

En los suburbios de México Distrito Federal otros «Chiapas» guardan silencio. Nezahualcoyotl (en castellano la Ciudad del Coyote Hambriento) es un mosaico de marginación y de pobreza que se extiende como la pólvora en los arrabales de la ciudad más grande del mundo. Cuatro millones de rostros malviven en esta bolsa de pobreza. Son los pequeños «hombres de maíz» reconvertidos en «hombres de hojalata», impersonales, disgregados, confundidos y amontonados en suburbios de pobreza y contaminación. Es la pobreza en su definición más precisa de desesperanza: renunciaron a su origen, huyeron de sus comunidades y comarcas buscando trabajo y educación, y encontraron riqueza, sí, pero una riqueza desproporcionada e inaccesible que contemplan de lejos, día a día, en las capas sociales mejor avenidas de la Ciudad de México.

Los suburbios de las ciudades latinoamericanas muestran lo que significa para los pueblos indígenas intentar adaptarse al sistema capitalista que ofrece el mundo desarrollado. En lugar de naturaleza, se les ofrecen muros de cemento y cielos contaminados; en lugar de la sencilla organización de sus comunidades, se les ofrece una inmensa red burocrática y administrativa. Su cultu-

ra y sus tradiciones se difuminan y el hambre y la enfermedad permanecen, aunque en una vertiente distinta. No es lo mismo el sufrimiento arropado por la comunidad de origen, que el dolor en un mundo ajeno, que rechaza, que margina: hambre y enfermedad intensificadas por el desarraigo. Así, poco a poco, los vivos colores de las ropas indígenas han perdido sus tonos bajo las contaminaciones de las grandes ciudades.

México quizá sea el ejemplo más representativo de los «otros Chiapas», pero cuántos nombres podríamos añadir: Lima, Bogotá, Guatemala, Caracas...

Podría pensarse que de poco le ha servido a las comunidades indígenas captar la atención internacional cuando sus problemas, ya sea en sus comunidades o fuera de ellas, no han evolucionado ni un ápice. Sin embargo, excluyendo los matices románticos que la prensa intentó infundir a la guerrilla zapatista al comienzo del conflicto, Chiapas se ha convertido en un símbolo, no sólo para la causa indígena, no sólo para los desposeídos y marginados, sino también, para todos aquellos que van más allá de cambiar su mundo, para denunciar y combatir un sistema cimentado en parámetros injustos que conducen a un egoísmo feroz y a la concentración de riqueza y poder en las manos de unos pocos.

Esos rostros anónimos ocultos tras los pasamontañas ya son un símbolo: son los rostros de muchos.

Hay miles de «Chiapas» que todavía no han alzado su voz. Un campesino zapatista le pidió en una ocasión al subcomandante Marcos que difundiera un mensaje: «Diles que no nos olviden, que nuestra verdad también es para ellos». ▲